

A.C.N. DE P.

AÑO XLII

15 febrero 1965

NUM. 793

Depósito legal: M. 244-1968

PROBABLEMENTE, el Cardenal Herrera Oria es de los casos en que una inmensa obra tapa

a su autor. Detrás de los muros funcionales del Colegio Mayor San Pablo, de las pilas de números de "El Debate", de la pirámide de tomos de la Biblioteca de Autores Cristianos es difícil divisar, aun vestido de rojo, al hombre. Y, sin embargo, detrás de todo eso hay un eminentísimo señor al que tutea un gran número de españoles.

Cuando hablé por primera vez en Cádiz, yo, muy joven, hice su presentación. Conté una anécdota que me había pasado visitando El Escorial con un amigo. Me preguntó: "¿Y quién hizo este monumento?" "Herrera", le contesté. "¿El de 'El Debate'?" "No, por Dios, Juan de Herrera, el arquitecto." Una pausa y murmuró mi amigo: "Pues mira..., ¡podía ser el otro!"

Herrera, que tiene la mente y la memoria construida como un escorial—en una celda, el Evangelio; en otra, Santo Tomás; en otra, las encíclicas, y así—, conocía desde su juventud el peligro de construir escoriales y se prevenía frente al contagio de la piedra dura y la línea recta. Así lo advertí en mi primer encuentro con él. Acababa yo de publicar mi primer libro de versos y me llevó a que se lo entregara, como director de "El Debate", un jesuita: hijo de don Pedro Antonio de Alarcón. Me recibió en la cama: único periodista que se acostaba en ella al volver por la tarde para "poderle" a todo el periodismo noctámbulo de España. No creo que le interesaran mucho mis versos, que eran, como primeros, bastante convencionales. Pero desde su cama de gran "despierto" tuvo una intuición agudísima:

—¿Y no sería capaz, usted que es andaluz, de escribir unos cuentos o artículos ligeros?... "El Debate" es un diario cargado de ideas y exactitudes: quizá "pesado" para la balanza de una mentalidad media. Ando buscando una sonrisa para animar su cuarta página.

Y me arrendó la sonrisa. Acogí la incitación, que venía al encuentro de una zona de mi ser que él adivinó antes que yo mismo, y desde entonces empecé a ser el articulista o cuentista que aún soy. Me dieron un cuadrilátero, orlado de greca, en la última página de "El Debate", y allí, como en un patinillo trasero del escorialense edificio, puse mis maceatas. Comprendí que Andalucía era para él por entonces una sonrisa que convenía tener en la retaguardia y metida en orla para que no se desbordara o escapase.

Pero Dios parece que tuvo una providencia especial para dosificar el humanismo de aquel constructor de solideces. Cuando estalló la guerra le cogió en Friburgo haciéndose sacerdote. Dios tuvo

EL CARDENAL DE MALAGA

su sotana negra, que había de enrojecerse hoy de dignidad, lejos de toda sangre. Es incomprensivo el que se asombra de que un hombre que se había entregado por entero a la idea social pontificia, a la transformación del mundo por la justicia y el amor, no pusiera especial entusiasmo en ningún modo de realización violenta. Las encíclicas, que no se le han caído nunca de los labios, son cartas que los Papas han escrito a los cristianos para que los hombres, mucho más que los Estados, las cumplan. La función rectora de la empresa, como una prolongación de la moral individual, era su desesperada alegación. Si los hombres y sus comunidades naturales hubieran cumplido la doctrina social se hubiese ahorrado la gran violencia. Porque cualquier modo político—estado, guerra, ley—es material y costoso, y le es muy difícil al Poder político defraudar y lastimar a los más poderosos, que necesariamente sostienen ese poder. Si ya es difícil lograr en la vida social que los ricos y los pobres no parezcan en lucha, cuando se hace una guerra interior es más difícil todavía que no parezca lucha de ricos contra pobres. De los dos términos de la síntesis que quería José Antonio—lo nacional y lo social—es el primero el más visible y de mayor capacidad excitante y bélica. Cuando se sale a defender la iglesia incendiada, la bandera ultrajada o la tradición escarnecida es más difícil conservar igual temperatura guerrera para defender la justicia y derecho de aquellos mismos necesitados que plásticamente parecen alistados en la masa del incendio, el ultraje o el escarnio.

Pero luego, en la paz, cuando la alegación social había de hacerse más matizada y difícil, porque había de hacerse sin los apoyos brillantes en que da lo nacional herido, Herrera recibe de Dios la unción del sacerdocio. Y en seguida, Obispo de Málaga, la unción de aquella Andalucía que él había confinado en mi riente patinillo de la cuarta página de "El Debate". Tuvo a Dios en la mano y a la mano Andalucía. No es que tuviera que dar un paso atrás, sino al contrario,

Número de homenaje al Cardenal-obispo de Málaga, eminentísimo y reverendísimo señor don Angel Herrera Oria

en su severo juicio social. Sus frases fueron rotundas: "La Iglesia no puede solidarizarse con el régimen de la gran propiedad andaluza."

Sino que, al mismo tiempo, descubría unos tesoros insospechados—docilidad y generosidades—en la inexplorada alma andaluza. Poco después de ser Obispo de Málaga, contaba en un discurso su visita a una aldea humilde y perdida de su diócesis. "¿Hay cosa más bella que la visita del pastor a un rebaño alejado, lleno de penurias y necesidades?" Pues aquella aldea—privada, hacía años, de párrocos—salía en masa a recibir al Obispo con una pancarta que decía: "Queremos un sacerdote santo". Como pudiera pedir una traída de agua o el teléfono, pedía la aldea un sacerdote, y especificaba "santo". Una gran potencia psíquica latía en aquel pueblo, que, necesitando todo en lo material, matizaba de tal modo su espiritual demanda. En mi juventud, cuando me incitó a sonreír para su diario, apenas le concedía a la Bética sino la vocación estética. Hoy día, después de su experiencia malagueña, ha subido con él al cardenalato un andaluz honorario, que, en su discurso bajo la roja birreta, ha elevado al palacio de Oriente, para aquella tierra, dos adjetivos nuevos: "una raza excepcionalmente dotada por Dios en lo intelectual y en lo afectivo".

Yo pasé con él en Málaga una Semana Santa. Y le vi aprovechar con misional estrategia el peligroso folklore adherido al Misterio. Le vi repartir cajetillas de tabaco a los costaleros o cargadores de pasos. Le vi llevar la larga capa magna en la procesión: porque vestirse de luces también puede ser necesario para la faena apostólica. Le vi hablarle a los gitanos en medio del Perchel, a la puerta de la cárcel. Uno me hizo de él—auténtico—un máximo panegírico: "Este se pone a vender un burro... y lo vende antes que yo."

El Cardenal de Málaga llega a su cumbre con todas estas sabidurías humanas añadidas a sus sabidurías escorialenses. Su doctrina empieza y termina en esta seguridad de que, no únicamente el Estado, sino el hombre, han de hacer esta justicia que Dios le pide. En sus palabras últimas hay constantemente un velo de melancolía ante la sordera de los hombres. No lo han oído ni han oído al Papa del todo. El se morirá sin haber acabado de vender su burro. Pero ha hecho mucho con dejar establecido que esto de la justicia social—ese burro de su incansable negocio—, por encima de todas las disposiciones pecuarias oficiales, será siempre un "trato" entre el hombre y Dios.

JOSE MARIA PEMAN
De la Real Academia Española

PALADIN DEL OPTIMISMO Y DE LA INTREPIDEZ

Por José María SANCHEZ DE MUNIAIN

Estamos, con don Angel Herrera, de enhorabuena. ¿Quiénes? Todos los seculares que deseamos el reino de Dios. Los buenos, los medianos, los infimos. Porque Angel Herrera ha sido, de uno u otro modo, maestro de innumerables católicos españoles, y el recuerdo que dejó como seglar puede ser mostrado como paradigma a los restantes.

"Alegría mucha, aunque sorpresa poca." Creo que esta frase, muy repetida ayer, resume bastante fielmente el sentimiento de innumerables españoles al saber que a don Angel, el Obispo de Málaga, le han hecho Cardenal. El católico español, y perdónese tan vulgar metáfora, ha sentido esta vez lo que el paciente viajero que ve aparecer el tren con muchos minutos de retraso. Nadie dice entonces: "¡Qué sorpresa!", pero todos se alegran por dentro. En realidad, tales retrasos, no infrecuentes en España, acendran la alegría.

No soy la persona más indicada para hablar de don Angel. Toda semblanza es un testimonio, y el mío es a todas luces recusable. Por otra parte, el saber demasiadas cosas es un estorbo psíquico a la hora de escoger las más interesantes y decirlas por su orden debido. Batiendo, pues, con premura las alas de la mente para alcanzar conceptos algo generales, voy a resumir en unas líneas lo que Angel Herrera ha encarnado en el giro feliz, casi portentoso, que el catolicismo español ha dado a lo largo de este último medio siglo.

Desde muy chico, él me lo dijo alguna vez, tuvo una vocación especial y diferente de la de sus hermanos: consagrarse a Dios sin salir del mundo. Hoy, en los años que vivimos, parece profética. Por eso Angel Herrera ha sido uno de los hombres que más expresamente han tratado de llevar la santidad a la vida seglar, por la oración, la austeridad y el trabajo.

Más en concreto aún: predicó con la palabra y el ejemplo la santificación de las tareas profesionales, haciendo de éstas un ejercicio eminente y habitual de la caridad al servicio del bien público.

Capitaneando un grupo de jóvenes que reunió y lanzó a la acción el padre Angel Ayala, pisoteó el respeto humano y todas las convenciones mundanas contrarias al Evangelio, cuando nuestros católicos estaban penetrados de un vergonzoso complejo de inferioridad y el liberalismo quería hacer de la religión algo que sólo pertenece al fuero de la conciencia.

Herrera comenzó descubriéndoles a los católicos españoles de su tiempo un Mediterráneo que ignoraban totalmente: la necesidad de escuchar, estudiar y difundir la palabra del Papa. Juntamente con esto, les predicó la obediencia sin reticencias a la Jerarquía, de acuerdo con el lema de "servir a la Iglesia como ella quiere ser servida".

Predicó a la vez la unión de los católicos y practicó la colaboración con todos los sectores, infundiendo magnanimidad, apertura y sentido anchamente eclesial en nuestras canijas derechas.

Fue un apóstol de la justicia social, aunque en esto le precedió una generación de precursores cuya voz fue poco escuchada.

En la acción pública fue un paladín del optimismo y enemigo cerrado del

desánimo, del espíritu agrio y de la crítica destructiva, aunque ésta fuera veraz y aparentemente justa. Hasta los más contagiados de su optimismo y de su tenaz credulidad en la bondad ajena hemos escuchado en conversaciones privadas severas admoniciones suyas, o silencios no menos severos, cuando alguna censura nuestra no ha ido dirigida a un fin medicinal o constructivo.

Para ello criaba y alimentaba en su ánimo una inmensa capacidad de ilusión hacia personas e instituciones. Yo recuerdo a este respecto solemnes profecías suyas totalmente incumplidas, cuyo recuerdo, a tantos años de distancia, me conmueve, porque revela el ardimiento de este hombre en las circunstancias más difíciles. Recuerdo también lo pronto que don Angel se reponía de las más impensadas defecciones.

Amó de seglar el progreso técnico y consideró que el retraso científico o cultural de los católicos, o su impreparación para las tareas públicas, es un pecado que tiene ribetes de escándalo.

Consideró inmorales las recomendaciones a un tribunal de oposiciones o de

fraudar en ellas al hombre que mereciera legalmente ganarlas. Espigando en las muchas lecciones que aprendimos del Angel Herrera seglar sus amigos y discípulos, creo que merece especial atención esta rectitud en el uso de los medios frente a toda injusticia, especialmente en lo que toca al disfrute de sinecuras o a la acepción de personas. Los fines puros han de ser servidos con medios igualmente puros, aunque el bueno haya de luchar en la vida con armas que, si prescindieramos de la providencia de Dios, parecerían desiguales.

Hoy, que Angel Herrera ha sido investido de púrpura por el Papa, quiero evocar el recuerdo de aquellas docenas de amigos y compañeros suyos que estarán celebrando, muy lejos y muy cerca de nosotros, la misma noticia: unos, con tónicas teñidas con la púrpura del martirio; otros, vestidos con las blancas de la justicia. Ellos, que son ya muchos, alzarán también sus copas del jerez celeste brindando por el amigo que les capitaneó en la tierra y hoy ha sido ascendido a Cardenal.

HERRERA, DIRECTOR DE "EL DEBATE"

Por Nicolás GONZALEZ RUIZ



él. Los ratos que permanecía solo tenía ante sí un bloc de papel cuadrículado y allí solía ir trazando el esquema de algún artículo de fondo. Esquema preciso y arquitectónico. Las ideas principales, las secundarias y derivadas en su lugar y un sistema de llaves que denotaban fácilmente lo mayor comprendiendo a lo menor. Era un minucioso esqueleto que, rellenado de carne por el redactor a quien le correspondiera, formaría un claro y contundente artículo.

También podía ocurrir que en las dos horas de cuatro a seis recibiese alguna visita o pasaran al despacho el administrador o el gerente. El caso era que a las seis se terminaba aquella primera fase, porque a esa hora se reunía el Consejo de Redacción. Herrera lo convocaba mediante tres largos timbrazos iguales. En este timbre, cada uno de los redactores consejeros tenía su llamada, que figuraba en un cuadrado sobre la mesa del director. Parecía un mensaje en alfabeto Morse, puesto que el timbrado largo era una raya y el breve un punto. Mi llamada eran dos timbrazos largos con el intermedio de uno breve y estaba expresado así: — . —

Dotes de gobierno y criterio social

Herrera presidía maravillosamente y el Consejo bajo él se desarrollaba con una eficacia grande y muy bien encauzado a sus fines. Bien es cierto que yo no recuerdo haber tropezado en mi vida con una persona que gozase del prestigio y autoridad moral del antiguo director de "El Debate": le tuteábamos la gran mayoría si no todos los consejeros. Cierto. Pero sin imponerle nadie, sin depender de ninguna regla o estatuto le profesábamos todos el respeto más profundo y real. Esto le permitía gobernar el Consejo y, en suma, el periódico con

(Pasa a la pág. 4)

El hoy Cardenal Herrera Oria era en 1923, cuando lo conocí, un caballero de treinta y seis a treinta y siete años, severa y pulcramente vestido de tonos oscuros y sombrero flexible colocado en la cabeza con matemática verticalidad. Entraba en su despacho de "El Debate", del que era director, a las cuatro en punto de la tarde.

Entre las cuatro y las seis despachaba con secretaria o llamaba al jefe de información o a algún redactor en particular si había algo de que tratar con

LA TEMPESTAD EN EL MAR

Homilía pronunciada por el Cardenal Herrera Oria el 31 de enero de 1965, en la iglesia catedral de Málaga

He querido que el primer contacto con Málaga se verifique en la santa iglesia catedral, que sea acto estrictamente religioso, que las palabras que yo pronuncie sean una interpretación del Evangelio.

La dominica presente es la de la tempestad que calmó Jesús. Dos representaciones tiene la barca. La barca representa a la Iglesia. La barca representa al alma.

LA BARCA ES LA IGLESIA

Digamos primero de la Iglesia. Singular providencia la que el Señor tiene con ella en estos últimos tiempos. Los Papas que la gobiernan son los Papas indicados para las necesidades del tiempo. Así el actual, Pablo VI.

Tres títulos tiene ya bien ganados para pasar a la historia. Primero, el Papa de la reforma de la curia; segundo, el Papa del Concilio Ecueménico; tercero, el Papa del diálogo.

La reforma de la curia será una reforma histórica. Sólo un hombre de fortaleza extraordinaria se hubiera atrevido a acometerla. Aparte de la dificultad intrínseca de modificar a fondo un organismo tan vasto y complejo, se ofrecían las inevitables dificultades de orden moral y personal por tratarse del organismo al cual se ha pertenecido y del instrumento diario de trabajo. En este caso él procede «sin mirar a la cara de los hombres», imitando al Divino Maestro. Un acto de fortaleza heroica.

El Concilio. Ejemplar la santa libertad con que proceden las comisiones y la congregación general. Es exquisita la prudencia con que el Santo Padre ha hecho alguna indicación y su sabia intervención personal en los momentos oportunos y, por lo mismo, más suave.

Digalo la nota explicativa previa del capítulo III de la Constitución dogmática «De Ecclesia». Para evitar contornos menos precisos, algo difuminados; para evitar interpretaciones tendenciosas o apasionadas se han escritos esas dos admirables páginas de la nota explicativa, a «cuya mente y sentencia debe explicarse y entenderse toda la doctrina expuesta en el mismo capítulo III».

Oportunísima también la declaración de María Madre de la Iglesia, acogida con aplausos en el aula vaticana y con júbilo universal en toda la Iglesia católica.

LA BARCA ES EL ALMA

Cristo en el alma. Debo hablar de mí mismo. Lo esperaréis, y con fundamento. Los hijos quieren conocer la historia y espíritu del padre después de la alta distinción que el Papa le ha concedido. Con gusto lo hago. Me sirve para vuestro provecho espiritual, que es el fin que persigo con mis palabras.

Cuando el dignísimo representante de Su Santidad en España me comunicó el propósito

del Papa de incorporarme al Sacro Colegio, mi primer sentimiento fue de gratitud profunda a Dios Nuestro Señor, y segundo, de inquebrantable adhesión a su representante en la Tierra. El Papa, en la carta que ha tenido la bondad de dirigirme, me muestra su peculiar benevolencia. Me habla de los servicios prestados a la Iglesia.

Ciertamente, la conciencia me dice que al menos tal ha sido mi intención. La pobre barca de mi alma ha navegado en servicio de su Divina Majestad por mares alterados desde la primera juventud.

Siempre he gozado de plena confianza en la empresa. Siempre he tenido conciencia cier-

verdaderas. Verdadero río de sentimientos nobles, que invitan a levantar la cara a Dios Nuestro Señor.

De ellas, dos destacan en estos momentos. La primera, del Jefe del Estado, tan expresiva y afectuosa. Yo le he servido y le sirvo con fidelidad, porque es el «ministro de Dios». Le he prestado siempre mi modesta colaboración, porque representa el bien común de mi pueblo. Le guardo profunda gratitud y le profeso respetuoso afecto porque ha dado a mi Patria veinticinco años de paz.

Singular emoción me ha producido el telegrama del alcalde de Santander. Ver unidos los nombres de Santander y Málaga me causa una honda y gratísima impresión.

Después, tantas comunicaciones de parientes y amigos de aquella tierra de hidalgos caballeros, cristianos viejos, dechados de lealtad, adornados de las sólidas virtudes del castellano, dosificadas por la presencia siempre sedante del mar.

FELICITACION DE MALAGA

«Con qué palabras expresaré a Málaga mis sentimientos? Vuestra adhesión pronta y unánime, manifestada con ese fervor tan característico de vuestra raza. Adhesión tanto más de estimar, pues no es promesa. Es una manifestación más del fruto conseguido, uno de los fundamentos nuevos de vuestra esperanza. Vuestro gozo colectivo es fuente de energía. Necesario es en toda tarea que a todos nos obligue.

Por lo que respecta a Málaga, lo determinan tres campos:

Primero, religioso. Implantación de la nueva liturgia, organización de la vida parroquial, creación de nuevas parroquias, reforma en la formación de sacerdotes impuesta por el Concilio y por el espíritu creado por el Concilio, perfeccionamiento de los cursos superiores para el clero, ya iniciado.

Segundo, campo de la enseñanza. Necesito ampliar las escuelas rurales, que tantos frutos han producido. Mejorar la Normal Diocesana. Edificar y poner en marcha la gran institución diocesana Santa María de la Victoria.

Tercero, y en orden a la enseñanza superior, la creación del Colegio Mayor de San Pablo para los alumnos de la Facultad de Ciencias Económicas. La colaboración constante con las autoridades civiles para que se dote a Málaga de otras enseñanzas superiores que necesita.

La transformación de Málaga es torrencial. Lo menos importante, con ser grande, es la transformación urbana. Se ha creado un espíritu nuevo. Espíritu de empresa, de iniciativa, de ansia de cultura.

No es aconsejable que una gran ciudad de más de trescientas mil almas, en pleno desarrollo, con un intenso ambiente interna-

(Pasa a la pág. 4)



La sociedad española no reacciona en la medida necesaria

(Viene de la página 3)

cional, donde todas las manifestaciones de la vida rápidamente progresan, quede tan rezagada en la enseñanza superior.

CAMPO SOCIAL

¿Qué os diré del campo social?

Veo con tristeza que la sociedad española no reacciona en la medida necesaria. No cesemos en la predicación, aunque es difícil momento para convencer a las gentes del justo sacrificio en días en que los hombres gozan plácidamente de las delicias de Capua producidas por la calma exterior.

¿Cómo no he de clamar constantemente si yo, que conozco tan bien a mi Patria, veo que, en el fondo, las causas de nuestros males en la vida pública nacen de la inestabilidad social, de la inicua distribución de los bienes, de la desigual posición económica de las clases sociales, de lo arcaico de algunas estructuras?

No digo esta frase con desaliento personal. Yo cumpliré gustoso en la presencia de Dios el deber mío de cada día. Primero, en mi diócesis. Después, con carácter nacional. En Málaga prestaré atención al crecimiento de escuelas de asistentes sociales y de centros sociales de base, a los que llamo «centros de apostolado capilar». Con la ayuda del Señor, espero crear ocho en el año presente.

Fuera de Málaga, lo primero será mi colaboración pronta con los grandes planes que trace la autoridad eclesiástica nacional. Después completaré la empresa, ya tan avanzada, del León XIII, donde, como en tantos otros, el Señor me ha ofrecido excelentes colaboradores.

Y, por último y sobre todo, quiero llamar la atención de todos. Prestaré mi colaboración a esa empresa que tanto puede influir en la formación de la conciencia nacional; me refiero al Centro de Estudios del Valle de los Caídos, de cuya Junta rectora formo parte.

MI DON PATERNO

Termino, en fin, correspondiendo a vuestro afecto con mi don paterno. El don mejor que puedo ofrecerlos. El que os prometí el primer día en que entré en este templo: el don de la palabra evangélica. Ese don se concreta hoy para todas las almas, y especialmente para aquellas que se sienten llamadas al apostolado y que han ofrecido sinceramente su vida para la mayor gloria de Dios y sólo para la mayor gloria de Dios, en esta palabra: obediencia.

Doy la consigna: obediencia. Los que puedan, lleguen a la obediencia perfecta, aunque sea contra la razón. Y para todos, sean malagueños o no, principalmente para los de fuera de Málaga.

Porque para los de Málaga es preciso ofrecerles esta nueva palabra: «confidite», confiar. Entra evidentemente en la nave de la Iglesia en un momento difícil. En un mar alterado por las más variadas corrientes. Epoca de transición y de confusión. No es extraño que en estos momentos algunos pierdan la confianza y, temerosos, acudan a los Obispos o al Romano Pontífice profundamente alarmados y llevando en sus labios la exclamación de los Apóstoles: «¡Sálvanos, Señor, que perecemos!»

Algunos, digo, no muchos. Sin embargo, hay núcleos que, si no por el número, son importantes por lo respetable, por su significación y por las personas que los representan.

Las nuevas ideas sobre la libertad religiosa, el ecumenismo, falsa interpretación del diálogo, tienen alarmados a hombres buenos. A ellos

va especialmente mi segunda palabra, «confidite», confiad. No temáis. ¿Por qué dudáis, hombres de poca fe?

El que empuña el timón no duerme. Sabe

perfectamente por dónde conduce la embarcación. El es Cristo en la Tierra. Acompañadle con vuestras oraciones, prestadle sin temor la plenitud de vuestra confianza.

Herrera, director de "El Debate"

(Viene de la página 2)

extraordinaria suavidad en las maneras, sin dar nunca una voz destemplada, seguro de ser obedecido "por las buenas" y seguros todos de que sabría hacerse obedecer si era necesario.

Su sentido del gobierno, de los deberes que impone en pro del bien común de todos los gobernados, sería largo de explicar. Pero acaso valga para ello una anécdota. En cierta ocasión, un redactor consejero (no atestiguo con muertos, pero no voy a decir ahora quién es) se colocó en situación tirante con el director por un motivo fútil. Pero la situación se iba agriando al mantenerse por ambas partes una actitud en la que, desde luego, el principio de autoridad no debía ceder, y la cuerda amenazaba romperse por lo más delgado. Y en esto, Herrera le dijo una tarde al redactor: "Esto se ha terminado. Aquí no ha ocurrido nada absolutamente. Y esto lo hago porque tengo el deber de defender el pan de tu mujer y de tus hijos contra ti."

No creo que haya nada que pueda ofrecer un sentido más cabal de lo que es un jefe y, en realidad, un patrono si patrono quiere decir lo mismo que padre. ¿Y qué decir del sentido social que deploraba en su trato con el personal de todas las categorías? Ni en retribución, ni en asistencia, ni en ser objeto de afectuosos cuidados, hubo nadie por encima de un redactor o de un obrero de los talleres de "El Debate". Todo el personal del periódico formaba (siendo el tópico, pero es la verdad) una gran familia unida en lo fundamental y regida con un severo criterio de justicia.

Cierto humor

Criterio de justicia, pero sin el más leve asomo de blandenguería. Por lo demás fue siempre encantador en sus modales y no dejaba de exhibir de vez en cuando una punta de humorismo de la mejor ley. Yo escribí muchos artículos de fondo de "El Debate" al dictado suyo. El mecanismo era como sigue: se colocaba por delante la partitura de papel cuadrulado, a la que me he referido ya, y comenzaba a hablar, a veces, durante media hora seguida mientras yo tomaba notas. Porque no dictaba, sino que explicaba lo que quería para que el redactor lo interpretase y lo desarrollase a su modo. Se marchaba uno con sus notas y volvía al cabo de una hora o del tiempo preciso con el artículo redactado. Herrera lo leía y exclamaba siempre: "Muy bien." A veces no pasaba de ahí y uno se iba tan contento, pero alguna vez añadía: "Muy bien, está muy bien, sólo que yo omitiría estas consideraciones que haces al principio, rellenaría de datos la parte central y me dirigiría para concluir directamente al Gobierno." A esto replicaba yo, algo decaído: "Entonces... ¿lo hago otra vez?" Y él concluía: "Bueno, si te parece..." Salvo la fórmula china, que todo el mundo conoce, no hay mejor manera de echarle a uno abajo un artículo editorial.

Salíamos del Consejo a eso de las sie-

te y se empleaban las horas de siete a nueve en escribir o en leer periódicos si no había mejor cosa que hacer. A las nueve subía al despacho del director el jefe de noche y confeccionador y se preparaba la orden de ajuste del periódico del siguiente día. El propio director dibujaba lo esencial, lo que no podía faltar ni cambiar de sitio sin causas justificadas, y entre nueve y media y diez abandonaba la redacción hasta el siguiente día. En los años que estuve a su lado escribí personalmente tres veces. El director dirige, y el que lleva la batuta no puede tocar ningún instrumento. Pero estaba siempre tan cerca de nosotros como lo necesitábamos. En una jornada trágica, un domingo de 1928, permaneció a nuestro lado, primero en el lugar del suceso y luego hasta la madrugada, para conseguir que "El Debate" fuera el periódico que publicase la mejor información del incendio del teatro de Novedades.

Siempre nos sentimos dirigidos, amparados de una manera eficaz y permanentemente por él. Supo, como he dicho, hacerse obedecer, pero en el sentido que se dice que obedecer es amar. La huella que ha dejado en los hombres que han trabajado con él depende en mucho de la categoría de estos hombres, muy pobre a veces; pero es imborrable.

Anécdota reveladora

Don José Lamas Pallas, párroco de San José, ha referido en "El Ideal Gallego" la siguiente anécdota:

En el mes de junio de 1945, el señor rector del Seminario Menor, don José Cerviño, y yo nos encontramos en el "hall" de la estación de ferrocarril de Bilbao, cuando un sacerdote ya entrado en años, humildemente vestido, que antes de que nos acercásemos a él ya nos había levantado el sombrero para saludarnos, vimos que sacaba billete de tercera, mientras que nosotros, sacerdotes de estreno y amantes del decoro, nos disponíamos a adquirir billetes de segunda. Amigo mío, aquí tuve ocasión de aprender una gran lección de humildad. Un caballero que estaba a nuestro lado, quizá ofendido por la escasa atención que habíamos prestado a aquel "curita" de aldea, nos dijo: "¿Conocen a ese sacerdote? Es don Angel Herrera. Está de coadjutor en una parroquia de Santander." Al escuchar estas palabras, la turbación se apoderó de nuestro ánimo. Se evaporó el billete de segunda e hicimos todo lo posible por ir durante todo el viaje al lado de nuestro querido don Angel.

INTELIGENCIA Y VOLUNTAD APLICADAS SIEMPRE AL FIN APOSTOLICO MAS URGENTE

Por Fernando MARTIN-SANCHEZ

Fernando Martin-Sánchez, sucesor de Angel Herrera en la presidencia de la A. C. N. de P., ha trazado recientemente la semblanza que sigue del nuevo Cardenal.

Angel Herrera es santanderino, como lo fue su padre. Su madre fue madrileña. Hijo de familia muy numerosa y bien hallada entre las de la rica Montaña. De sus hermanos, la mayor fue mujer; todos los demás, varones. Angel Herrera es el tercer hermano empezando por el final. Para darle ejemplo, aunque nunca lo necesitó, le precedían hermanos que eran padres jesuitas. Hay huesos de los Herrera Oria en tres continentes: Julio, misionero en China, allí murió y reposan sus restos. Enrique, fallecido en la Argentina y allí está enterrado. En el cementerio de Renedo, a veinte kilómetros de Santander, el panteón cercano a la puerta y a la izquierda de la misma es el de la familia Herrera.

Las muchachas o sirvientas de la familia Herrera lo fueron durante muchos años. Una de ellas todavía vive en Santander, precisamente en la casa de los Herrera, donde la han dejado en uno de los pisos. La otra, Carolina, que fue la doncella de confianza de la madre de los Herrera, ha recibido su premio, pues yace enterrada en el panteón de Renedo junto a la señora a la que tan fielmente y durante tantos años sirvió.

Ambiente culto, literario, el de la juventud de Angel Herrera, ya que en su casa eran habituales las presencias del novelista Pereda y del propio don Marcelino Menéndez Pelayo, del que siempre Angel Herrera ha sido gran lector y admirador.

A HOMBROS

Angel Herrera, después de estudiar con sus hermanos el bachillerato en el colegio de San José de los padres jesuitas, en Valladolid, se hizo licenciado en Derecho y después abogado del Estado. Fue de tanta brillantez su ejercicio oral, que los compañeros de oposición que lo presenciaron lo sacaron a hombros. Unos pocos meses destinado en Burgos, y le reclaman para que dirija «El Debate», que acaba de ser adquirido, para transformarlo en un gran diario católico. Contra el consejo de todos los que le rodeaban, pidió la excedencia y se vino a Madrid a dirigir «El Debate». El nombre de Angel Herrera ha figurado como excedente en la última categoría del escalafón del Cuerpo de Abogados del Estado, constelado siempre por nombres tan ilustres. Sin embargo, creemos que el nombre de Angel Herrera Oria será el del primer Cardenal que haya pertenecido a tan honroso Cuerpo.

Dos años antes de todos estos hechos, en 1909, el padre Angel Ayala, reuniendo a la selección de jóvenes que había formado en los Luises de Madrid, constituye la Asociación Católica Nacional de Jóvenes Propagandistas, obra apostólica que nació y ha vivido siempre con criterio de ampli-

tud para todas las iniciativas laudables y los buenos propósitos. Ningún partidismo en lo político; ninguna discriminación entre católicos. Amplitud en los criterios y lealtad a las obras en que cada propagan-

apropiada para sembrar buenas doctrinas. Sin embargo, la dirección de «El Debate» resultó luego mucho más apostólica y sembradora de más anchos campos.

Angel Herrera apenas escribió ningún ar-



Años 1909-1912. Años iniciales. Angel Herrera, fundador de «El Debate» y de La Editorial Católica

disto sirve; ni fraternidad ni collera de lebreles que cazan la pieza y la traen a los pies del amo. El primer artículo de «El Debate» comenzaba con estas palabras: «Alta la visera.» Con cara franca y descubierta venía a trabajar por la unión entre los católicos mediante el estudio y la divulgación de las doctrinas pontificias.

Angel Herrera alguna vez, siempre pensando con espíritu apostólico, creyó que una cátedra de Derecho público podía ser

título en «El Debate»; es posible que puedan contarse, a lo largo de casi un cuarto de siglo de su dirección, con los dedos de la mano los escritos por él. Concebía y dirigía, pero no escribía.

Siempre proyectando para lo futuro, comprendió que sin hombres preparados era muy difícil hacer buenos periódicos, y después de haber enviado al extranjero a quienes pudieran estudiar las instituciones formadoras de periodistas, creó la Escuela de

Periodismo de «El Debate», primer organismo de esta especie en España, que, por cierto, fue recibido con discusiones curiosísimas que hoy nos harían reír. Hubo muchos periódicos que dijeron que el periodista nace y que el periodista no se hace. Hubo hasta una primera figura del periodismo de entonces que, como argumento Aquiles contra la naciente Escuela de Periodismo, afirmó que a él, para ser periodista, le habían bastado tinta, cuartillas y una pluma.

ESTILO Y ORATORIA

El estilo del Cardenal Herrera es muy claro, de frases cortas, buscando gran exactitud en las palabras y huyendo de metáforas y figuras retóricas que puedan velar en sus agradables nebulosas la precisión de los conceptos. Muchas ideas y pocas palabras.

Como orador lo es realmente extraordinario. Una oratoria ceñida, terminante, sin largos párrafos. Se acumulan las ideas; se le sigue a veces con dificultad, precisamente por lo enjundioso de las ideas que van acumulándose; en ocasiones son tantas las ideas que pugnan por salir, que atropellan las palabras y los finales de sus párrafos se pierden por la rapidez de la elocución.

FUNDADOR

Angel Herrera ha fundado multitud de obras. A partir de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas, para la que fue el brazo derecho y el ejecutor del concepto primitivo del padre Angel Ayala, ha ido fundando a lo largo de su vida obras que después fue dejando a sus sucesores.

ALGUNOS RASGOS

Angel Herrera ha sido siempre un hombre enérgico, pero con energía mansa. En algunos escritos hemos visto que se le ha reprochado que daba poca cabida a los sentimientos en su acervo espiritual. En efecto, Angel Herrera no ha buscado nunca escaños hacia la poesía, aunque había leído a nuestros clásicos y a no pocos los recordaba de memoria. Nada de sentimentalismos. La inteligencia al servicio de una voluntad decidida y siempre orientada hacia un fin apostólico: el que creyese más urgente en la época de su vida de que se tratase.

Apreciaba poco a los llamados por ellos mismos «intelectuales», al menos a los de las generaciones que torcieron el camino espiritual de España. Los había leído y estudiado. Los juzgaba incapaces de orientar a un gran pueblo y sinceramente creía que más le habían desorientado que otra cosa. En el interior de su ánimo les reprochaba que, después de alborotar al pueblo y lanzarlo a movimientos que todos hemos vivido, no tuvieran el valor y la energía de ser conscientes y pechar con sus propias responsabilidades.

SACERDOTE

No es temerario pensar que la vocación sacerdotal de Angel Herrera fue constante en su vida. Pudo realizarse antes o después; quizá se ha realizado después de no pocos propósitos que tuvo que aplazar a veces por consejos de altísimas autoridades de la Iglesia; pero el apóstol estaba siempre vivo en él, con hondísima preocupación por la transformación social de las estructuras en que vivimos y, en especial, de las de España. Por fin pudo ser sacerdote.

OBRAS VIVIENTES Y OBRAS ESCRITAS

La vida pública de Angel Herrera es sobradamente conocida. Si hubiera querido ser político, los más altos cargos del Estado le fueron accesibles; pero le desviaban de su vocación apostólica y prescindió de ellos. Ha realizado obras vivientes y ha publicado obras escritas. Sus grandes preocupaciones han sido la Iglesia y España, porque Angel Herrera nunca ha sido un católico apátri-

da. No cree que la formación de nuestra juventud de hoy haya de hacerse a base de bélicos triunfos pretéritos, pero tampoco prescinde de que su campo apostólico, de que la parcela que Dios le mandó trabajar dentro de la Iglesia universal, fue la de su Patria española.

Difícil es condensar la semblanza de Angel Herrera en pocas palabras. Católico, apostólico siempre, servidor de la Iglesia y de la Patria, pensador, orientador, creador, organizador. ¿Es bastante?

Angel, don Angel y Su Eminencia

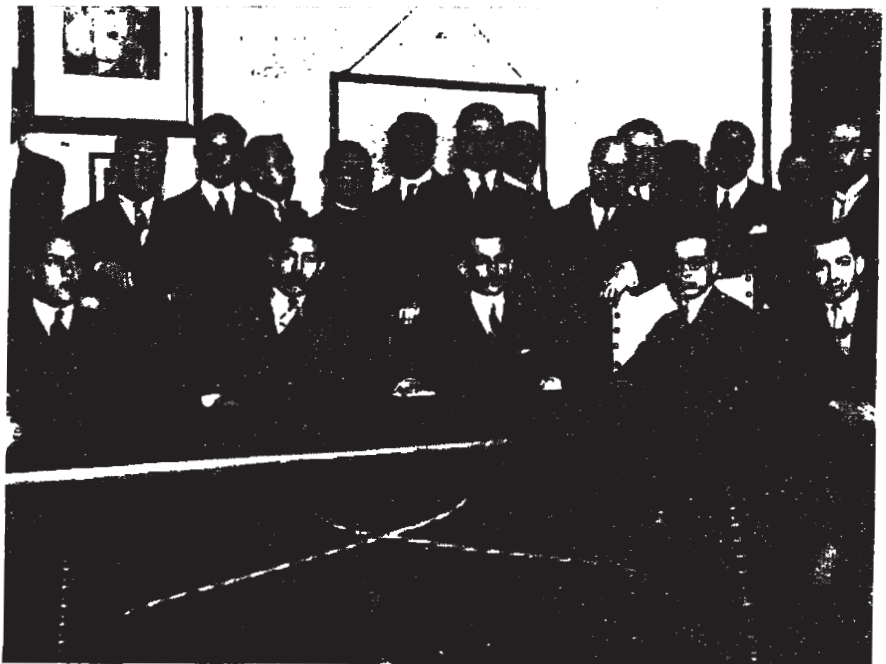
NOTAS PARA UNA HOJA DE SERVICIOS

Por Julio MORENO DAVILA

Hace ya de esto muchos años; más de un cuarto de siglo. Con serena imperturbabilidad reñía su batalla por dar a la juventud aquella formación sólida, que era, a su juicio, la pieza maestra para encauzar la vida española. Director de «El Debate», persona relevante, cuya opinión se pedía por doquiera, figura que suscitaba tantas esperanzas y tan-

Angel, me da la enhorabuena, me felicita, me pide detalles y... basta que me haga dos o tres preguntas, pidiendo detalles, para que yo me dé cuenta de que he dejado de averiguar lo más importante...

El hoy purpurado, aún no sacerdote, en su tiempo de director de «El Debate» y de tantas otras cosas más, era un



1930. La redacción de «El Debate» en torno a su director

tos ardientes deseos en toda España, para sus jóvenes no era más que «Angel» a secas, imponiendo a todos rigurosamente un sencillo tuteo. Su labor, hecha cada día con esfuerzo, con sacrificio de su precioso tiempo, era la de un amigo calificado que sabía extremar siempre la cordialidad. No se le pedían tan sólo orientaciones y con frecuencia prodigaba la ayuda y el consejo. Todo unido a una tarea incansable, agotadora, que con frecuencia comprometía su salud. Y a aquella organización férrea, pero amable, que sabía dar a su trabajo... y al de los demás.

Recuerdo a este propósito lo que oí de labios de uno de los más destacados redactores de «El Debate», asesinado luego en Madrid durante el dominio rojo.

—A veces llego a su despacho—me dijo—con una información periodística que me parece magnífica. Se la digo a

implacable, un exigente administrador de su tiempo, minuto a minuto. Tenía por aquel entonces un curioso reloj en el bolsillo del chaleco. Era un grueso y vulgar reloj, de acero empavonado, que además de las manillas corrientes en cualquier reloj tenía otras más, por encima del cristal, que funcionaban accionando un timbre, como el de un minúsculo despertador. Cuando iniciaba una tarea, comenzaba una entrevista y aun iniciaba una pública intervención, la manilla colocada por fuera del cristal del reloj era puesta en el lugar que calculaba prudentemente el tiempo que podía destinar a aquella tarea. La iniciaba con esa absoluta dedicación que sabe dar a todas las cosas hasta que el pequeño timbre le avisaba de que ya estaba invirtiendo en ella demasiado tiempo. Quienes teníamos el hábito de su trato, lo sabíamos ya. Sonaba el timbre y sabíamos que estábamos robán-

dole un suplemento del tiempo que le podíamos dedicar.

El proyecto del tiempo que podía invertirse constaba en unas grandes cartulinas que llamaba "semanillas", que manejaba constantemente. En ellas había espacios separados para los siete días de la semana y en ellas estaba señalado el tiempo por medias horas, con división en dos espacios distintos, cada uno de los cuales representaba un cuarto de hora. Además, había otros espacios y quedaba el dorso de las cartulinas dividido en ocho porciones distintas. Con una letra menuda y nerviosa, casi ilegible, Angel Herrera anotaba en la "semanilla" todo lo relativo a su complicado quehacer, y aquel programa minucioso de distribución de su tiempo era inexorablemente cumplido. Lo que pudiéramos llamar "un imprevisto", tenía que vencer grandes dificultades para abrirse un huequico en el recargado programa.

Este implacable régimen de trabajo agotador—¡qué pocos de entre sus amigos lograban adaptarse a la "semanilla"!—tenía una quebra, que era el quebranto de la salud de Angel Herrera. No lo parecía, pero aquella terrible sujeción a centenares de obligaciones diarias, en la que no se desatendía ninguna, fuese cualquiera su importancia, determinó el que su salud comenzase a quebrantarse. Fue preciso acudir a un médico, que recomendó media hora diaria de paseo. En la "semanilla" se hizo una anotación diaria: "Paseo", y al llegar la hora exacta, Angel Herrera dejaba puntualmente su tarea y emprendía un metódico paseo por una calle, o un parque, o un paseo madrileño. La hora de pasear era propicia a la meditación y pronto en la "semanilla" figuraron los temas que podían meditarse a la hora del paseo. El dictamen del médico fue terminante, en el sentido de que así no se descansaba en absoluto. Fue preciso adoptar otro método, y se le recomendó que jugase al billar. Un grupo de amigos le esperaba todas las tardes en un céntrico café madrileño, en el billar. Llegaba con su puntualidad de siempre, y al cumplirse el tiempo prefijado, marchaba inexorablemente a su tarea. Aquello siquiera le ocupaba la imaginación.

Posteriormente ha tenido que observar, por prescripción médica, largas temporadas de reposo. Ha obedecido al reposo físico. Pero en el lecho ha desarrollado facetas de su incansable capacidad de trabajador, algunas de ellas notabilísimas.

Frecuentemente han pensado de Angel Herrera sus amigos que era un hombre sin nervios. Pero no es así. Es un hombre con un dominio de sí mismo que se puede llamar perfecto. Yo recuerdo la tremenda y pésima impresión que en los nervios de todos los madrileños produjo aquella tremenda jornada de la quema de iglesias y conventos por las turbas que se habían hecho dueñas de la calle y a quienes nadie les iba a la mano. Pocos días después hablé con un amigo que me dijo que había pasado aquella tremenda jornada, por la tarde, con Angel Herrera. Fueron dos o tres jóvenes solamente a quienes reunió en su casa. La ciudad estaba dominada por los incendios. Había masas de humo negro en el cielo, desorden en las calles, pandillas revolucionarias en plena acción y, sobre todo, un desánimo, un pesimismo, un abatimiento en los espíritus que parecía imposible hacer nada... La entrevista fue casi toda ella una disertación del entonces director de "El Debate". Planes para el porvenir, consideración de los momentos presentes. Nada de rosadas ficciones, sino realidades serenamente contempladas...

Palabras que han resultado proféticas

En el boletín de la A. C. N. P. de 1 de julio de 1947, en el que se recoge una información de la primera misa del Obispo doctor Herrera Oria para los propagandistas, se publicó el discurso pronunciado por el entonces Presidente de la Asociación, Fernando Martín-Sánchez. Reproducimos lo esencial, porque ha resultado profético:

Yo quiero recordar una anécdota que quizá íntegra esté inédita aun para ti. La vocación sacerdotal de Angel Herrera es mucho más remota de lo que hemos podido suponer. Acaso se hubiera consumado a fines de la segunda década o a principios de la tercera. Se fue retrasando, pero por fin llegó una mañana de febrero del año 1935 y Angel Herrera se marchó definitivamente para ser sacerdote. Y una tarde, en un paseo madrileño, su madre, doña Asunción, la venerable y veneranda doña Asunción, que muchas veces honraba mi coche (el cual yo todavía podía conducir), paseando en él a primera hora de una tarde, salimos con Angel, pues éste tenía que hacer no sé qué visita. Aún recuerdo que era una casa de ancho portal. Y se bajó Angel del coche y me quedé con doña Asunción en él, y me dijo: «¿Has visto, Fernando? Angelito se va.» (Para doña Asunción, Angel era Angelito.) Yo me limité a contestar: «Sí, se va.» Sin duda lo dije con ese tono en que se dicen las



1947. Homenaje ofrecido por los propagandistas a don Angel con motivo de su consagración episcopal

cosas que no tienen remedio. Y doña Asunción, con los ojos un poco nublados, me dijo: «Ya ves, Fernando, para los pocos años que me quedan qué sola me deja.» El corazón de madre, que había dado tantos hijos a la religión y aun a la muerte entre sus brazos, sentía, acaso como ninguna, esta última poda que la divina Providencia hacía en los retoños de ese fecundo corazón. Y yo me apresuré a contestar, al ver que la tristeza nublaba sus ojos, y pensando quizá que un golpe de viento, una ventolera de humor, podría despejar aquel momento, aquel nublado triste: «No, no. Es mejor que se vaya ahora cuanto antes; así podrá usted verle sacerdote, y después obispo, y luego cardenal.» Se iluminaron los ojos de la madre de Angel, se trocó aquella nube de tristeza en alegría esperanzada y me dijo sonriendo: «Pero ¿tú lo crees, Fernando; tú lo crees?» Y rápidamente contesté: «Ya lo creo; desde luego, claro está.» En ese momento, Angel, que no había encontrado a la persona que buscaba, salió del portal y cesó nuestra conversación. Recordándolo ahora como si lo viera, he resultado no diré profeta, pero sí zahorí, que es una especie de profeta laico. He acertado a la primera: fuiste sacerdote; he acertado a la segunda: ya eres obispo. Y si Dios quiere y conviene a la Iglesia y a la Patria, pues ¿por qué no he de acertar la tercera?

CREADOR DE INSTITUCIONES Y FORMADOR DE HOMBRES

Por monseñor A. RIBERI, Nuncio de Su Santidad en España

Quienes lo conocen, saben bien la inmensa capacidad de trabajo de monseñor Herrera. Es un ejemplo admirable de administración cristiana del tiempo. Llega a la usura de las horas. Su afán de puntualidad se contagia a cuantos con él trabajan. Sin llegar a ser esclavo del tiempo ni dejarse seducir por la manía de la acción excesiva, ha sometido a un cauce de aprovechamiento riguroso el despliegue diario de su capacidad de trabajo.

Por eso, este tema del aprovechamiento cristiano del tiempo, con acuciante sentido de la trascendencia que el tiempo tiene, surge una y otra vez en estas páginas como consejo que

po, sino que es necesario, además, poner al día esos estudios y estar al tanto de las corrientes del pensamiento moderno, para tomar de él lo aprovechable y conjugarlo con el tesoro inexhausto del pensamiento tradicional del cristianismo y de la filosofía perenne.

Toda la acción apostólica de monseñor Herrera ha estado como cruzada por la preocupación institucional. Ha sido creador de obras, y de obras duraderas, y ello porque ha sabido dar a tales obras carácter institucional.

Como hombre de acción y hombre de pensamiento, ha procurado siempre que las obras, que en un primer momento se apoyan nece-

ante los medios modernos, evidencia una característica que debemos subrayar: la de su espíritu esencialmente constructivo.

Como todos los hombres que han sabido unir una acción enérgica a un pensamiento profundo y constante, sabe monseñor Herrera lo mucho que cuesta el construir y lo mucho que siempre vale lo edificado.

Y es que pertenece a esa categoría de hombres que saben ver la vida con optimismo cristiano. En los momentos difíciles, en los que el decaimiento general parece como apagar todas las energías latentes, su palabra tiene una eficacia alentadora que sólo pueden conocer bien los que han experimentado esa eficacia.

Su optimismo, a fuer de cristiano, está hecho a prueba de adversidades, superadas por la confianza y la esperanza en Dios.

Una última nota debe completar esta breve semblanza: monseñor Herrera ha sido creador de obras; pero ha sido también formador de hombres. Y si su acción ha logrado adquirir carácter institucional, ello es debido, como ya se ha indicado, a las minorías rectoras que ha sabido formar.

Arte difícil, de los más difíciles, el de formar hombres, sobre todo cuando esos hombres entran en el ámbito del formador a una edad relativamente madura. Y ésta es la nota singular del autor de este volumen. El mismo dice en más de una ocasión que Dios ha concedido a sus desvelos una recompensa confortadora, probablemente de las más confortadoras para el genuino apóstol: la de ir encontrando, a lo largo de su vida, hombres que sepan secundar con fidelidad, sacrificio y prontitud las ideas y las obras del fundador.



1933. Con los directivos y alumnos del Instituto Social Obrero

se imparte a cuantos quieren consagrarse al apostolado. La norma evangélica del «negotium dum venio» tiene en estos escritos un ejemplo admirable de fiel aplicación.

Ha sido siempre, y es, «hombre de acción». Pero este calificativo no agota la total ejemplaridad de su vida; es también un «intelectual» de raza. Para un observador superficial, acaso pueda pasar inadvertido este segundo aspecto. Mas el atento lector de las páginas que siguen podrá comprobar la verdad de este aserto.

En contraste con la fiebre de una acción desmedida, sin el soporte de la previa reflexión, ha sabido hurtar cada día a la fiebre de la acción las horas necesarias para el estudio sosegado y profundo.

Es su poderosa capacidad intelectual la que le hace aborrecer las vaguedades, el «dilettantismo», la pedantería, la superficialidad, la ligereza.

Monseñor Herrera ha profesado siempre, en su vida y en su enseñanza, el principio clásico de validez imperecedera: «non multa, sed multum». En toda ocasión aparece como discípulo perfecto del sabio consejo de Santo Tomás de Aquino: «Timeo hominem unius libri».

Frente a la pereza, no rara por desgracia, que atenaza al hombre de hoy ante el estudio serio, ha lanzado la consigna y la ha practicado siempre de que no se puede vivir de las rentas de unos estudios lejanos ya en el tiem-

sariamente en la persona del fundador, vayan pasando, paulatina, pero inmediatamente, a manos de una pluralidad de hombres unidos por un pensamiento común y una acción concorde, a fin de que la obra no sea ya el resultado de una persona, sino el resultado conjunto de un grupo de vigorosas y seguras personalidades, muy influidas, sin duda, por quien las formara.

Por eso, toda la vida de monseñor Herrera está como jalonada por una serie ininterrumpida de instituciones logradas. La historia del catolicismo español contemporáneo no puede ya prescindir de su nombre. Como no puede prescindir de las obras eminentes por él creadas y sostenidas.

En una época de apartamiento colectivo se hizo no ya actor de la vida pública española, sino también protagonista.

Luchador incansable, combatió con denuedo en pro de las ideas; respetó siempre a las personas y, sobre todo, guardó para los afines la caridad cristiana más exquisita. Mucho podrá decir de todo esto la historia objetiva del catolicismo español en el presente siglo.

Lo realizado a la cabeza de «El Debate» es una muestra evidente de este sentido moderno de monseñor Herrera Oria, del cual bien puede decirse que fue el primer español de este siglo que quiso hacer del catolicismo español un catolicismo europeo, sin perder por ello la esencia de sus valores tradicionales.

Esta actitud positiva, de aprecio y estima

Cierra este número de homenaje que el BOLETIN DE A. C. N. de P. dedica al Cardenal Herrera Oria la palabra autorizada del nuncio de Su Santidad en España, monseñor A. Riberi

Los textos publicados en este número están tomados de «A B C», «El Español», «Ideal», de Granada; «El Ideal Gallego», «Ya» y del volumen «Obras selectas de Angel Herrera», publicado por la B. A. C.